

# CALLA Y MUERE

Nana

Víctor Fuentes disfrutaba como cada mañana de un placentero paseo por el campo a las afueras de su pueblo natal. Tras su jubilación hacía tres años como taxista en Madrid, había decidido mudarse a la casa que lo vio nacer huyendo del insoportable bullicio de la capital. Había pasado más de cuarenta años circulando entre pitidos y sonidos de motor, y ahora, en la soledad de sus salidas matinales, se consideraba privilegiado por poder caminar entre tanta quietud.

Lo acompañaban como siempre los dos podencos de caza de su hermano: Tapón y Hulk. Eran animales de carácter noble, pero demasiado inquietos debido a su raza como para estar encerrados en un corral toda la semana, así que Víctor los sacaba cada mañana a pasear ya que su hermano vivía de lunes a viernes en la ciudad por motivos laborales. Tapón tenía ya doce años y la edad lo había vuelto más dócil y tranquilo, pero Hulk sólo tenía dos y era difícil de controlar. Ladraba si veía un pájaro, si se cruzaba con otro perro, con otro caminante, con ganado..., incluso si sospechaba de la existencia de un topillo en cualquier ribazo. A Víctor lo sacaba de quicio tanto escándalo. Literalmente no soportaba el ruido. Había invadido durante demasiado tiempo su sistema auditivo hasta hacerlo llegar prácticamente a la intolerancia; esquivaba a la gente sólo por temor a que hablasen demasiado alto; no tenía ni tele ni radio; en la puerta de su casa no había ni timbre ni picaporte; ponía la lavadora siempre antes de salir para no oírla centrifugar; había desactivado los pitidos de final de programa del microondas y del lavavajillas; tenía el móvil siempre en modo vibración y en la medida de lo que podía zanjaba las posibles conversaciones telefónicas con whatsapp. Sólo a Hulk le perdonaba el jaleo a duras penas, pero en innumerables ocasiones deseaba que enmudeciese.

Aquella mañana, mientras los perros olisqueaban entre las matas de aliagas del llamado “Cerro de Satanás”, observó cómo una furgoneta negra se acercaba velozmente por el camino con una frenética música sonando a todo volumen. <<Será gilipollas>>, pensó. La observó hacer trompos en un ensanche sintiendo cada vez más ira hacia el individuo. Se contuvo de insultarlo sólo por no levantar la voz, pero desde lo más profundo de su ser, le deseó lo peor:<<Lástima no te pegues una leche a ver si callas de una vez y dejas de hacer ruido, so mamón>>. Como si le hubiese leído el pensamiento, el vehículo cesó sus exaltados movimientos y frenó en seco. El motor se paró y la música dejó de sonar. Un brazo desproporcionalmente largo y extrañamente negro salió por la ventanilla y le mostró el dedo corazón con un irreverente balanceo hacia arriba y abajo. Todavía paralizado por la sorpresa, Víctor vio como el autor de tan impertinente gesto giraba la cabeza para hacerle una burla con una lengua púrpura y tan desproporcionada en tamaño como el brazo. No fue la mofa inesperada lo que más le sobrecogió, sino los ojos del sujeto, que, rojos como el fuego, brillaban incoherentemente en un maléfico rostro entre las sombras del vehículo.

Esta vez sin ruido, la furgoneta reanudó la marcha a la misma velocidad que latía el corazón de Víctor, asustado y confundido por unas imágenes que por lo disparatadas ya no estaba seguro de haber visto. De poco tiempo dispuso para sobreponerse, pues inmediatamente escuchó chillar a Hulk y Tapón a sus espaldas. Corrían tras una presa que no llegaba a distinguir porque, veloz, se movía entre la vegetación. Persecutores y perseguido descendieron repentinamente mudos por la ladera del cerro hasta llegar a un campo yermo, dónde, por fin, Víctor vio cómo un negro animal de grotescas orejas huía de sus perros. Aterrorizado al distinguir los extraños ojos de aquella criatura, tan incandescentes como los del conductor de la furgoneta, gritó llamando a los perros temeroso de que se acercasen a ese ser. Gritó y gritó con todas sus fuerzas, como jamás creía que sería capaz de soportar, insistentemente y sin pausa. Los llamó incasablemente mientras ellos seguían corriendo sin parar en su insensata persecución tras el endiablado animal que les hacía un recorte tras otro sin apenas alejarse. Parecía que pretendiese permanecer a la vista de Víctor, buscando que fuese testigo de cómo burlaba a sus perros una y otra vez. Y él, siguió llamándolos y llamándolos hasta que perdió el aliento y cayó resollando de rodillas al suelo mientras veía cómo sus pobres animales se desintegraban en minúsculas partículas negras todavía empecinados en la caza de la bestia, la cual le sacó la lengua con mofa antes de ocultarse de nuevo entre la maleza.

Aterrado por lo que acababa de presenciar, Víctor corrió trastabillando hasta el lugar dónde los perros habían desaparecido para ver que sólo quedaban dos puñados de ceniza negra aún caliente al tacto. El silencio reinante dejó de parecerle reconfortante; el canto de los grillos y de los pájaros había desaparecido; sentía el viento sobre la piel pero no lo escuchaba. Solamente su respiración entrecortada rompía aquella abrumadora ausencia de sonidos. Lloró amargamente por la muerte de los perros, por la incomprensión sobre lo sucedido y de puro terror. Sintió la necesidad imperante de escuchar ruido, de salir de esa atmósfera muda, y se encaminó hacia el pueblo en busca de aquello que había detestado hasta ese momento.

La furgoneta infernal estaba parada en medio del camino a unos doscientos metros del pueblo. Al verla, en un ataque de rabia, Víctor quiso alcanzarla y corrió hacia ella con toda la rapidez que le permitían sus piernas de casi setenta años, pero cuando ya casi llegaba a su objetivo, arrancó y, lentamente pero no lo suficiente como para que la alcanzase, como con sorna, siguió con su trayecto.

La señora Herminia estaba en su silla de ruedas junto a la puerta de su casa a la entrada de la población, al cobijo del sol, dónde cada mañana la dejaba su hija mientras iba a hacer la compra. Al verla, Víctor temió que algo terrible le sucediese si la furgoneta llegaba a su altura, y gritó fuertemente su nombre mientras tanto él como el vehículo seguían avanzando hacia ella. Gritaba con la impotencia de saber que aun en el improbable caso de que la sorda mujer lo oyese, nada podría hacer para huir, pero aún así

necesitaba hacer ruido, llamar la atención, sobre todo porque era consciente de que nada más podía hacer.

La furgoneta paró enfrente de doña Herminia, y Víctor, con impotencia y sin aliento ya para levantar la voz, vio esfumarse y caer al suelo a la anciana disuelta en una nube de ceniza oscura. La furgoneta giró sobre sí misma y se dirigió hacia él, que sin fuerzas ya, yacía sobre la tierra del camino. Intentó arrastrarse para refugiarse, pero los brazos tampoco le respondían. Sólo se le ocurrió volver a gritar, pensando que su silencio era el que había matado a Hulk, Tapón y doña Herminia, convencido de que si dejaba de hacer ruido sufriría el mismo destino que ellos. Así que siguió usando la voz como arma defensiva, esgrimiendo sus cada vez más agotadas cuerdas vocales para salvar la vida, mientras la furgoneta con el motor apagado ya frente a él, esperaba paciente a que enmudeciese. Los gritos cada vez eran menos fuertes, más roncós. Sentía la garganta seca y ardiente. Ansiaba un trago de agua pero a su alcance no había más que polvo seco del camino. Además, no habría podido cesar sus gritos para beber. Sabía que aquello supondría su muerte. Exhausto, ya sólo le quedaban fuerzas para unos ligeros gemidos. Con un sentimiento parecido a la alegría recordó que llevaba el móvil en el bolsillo. Lo sacó con la esperanza de localizar una emisora de radio que no cesase de sonar, pero al intentar encenderlo vio con desesperación que no tenía batería. Con rabia, lo arrojó contra la furgoneta consumiendo las escasas fuerzas que le quedaban. Intentó gritar de nuevo pero ya no había aire en sus pulmones.

Y calló.

Y el silencio más absoluto y sobrecogedor que jamás había escuchado lo envolvió justo antes de convertirse en ceniza.